

11540

José Morales del Campo y Agustín Sáinz Rodríguez



PASATIEMPO CÓMICO

EN UN ACTO Y DOS CUADROS, INSPIRADO

EN UNA OBRA FRANCESA.



Un militar modelo

Estrenado con extraordinario

éxito en el TEATRO DE NOVEDADES, de Madrid,

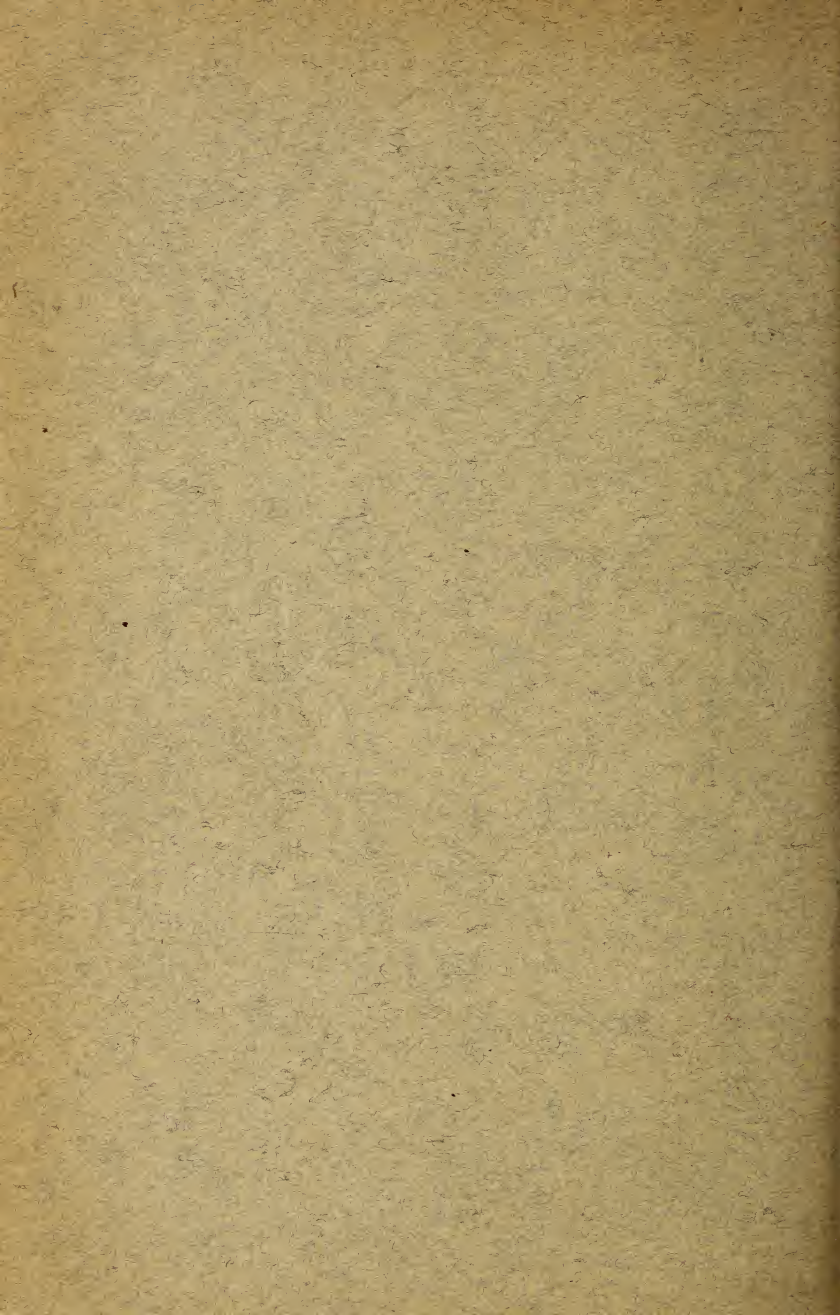
la noche del 7 de Noviembre de 1904

MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Núñez de Balboa, 12

1904



UN MILITAR MODELO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

UN MILITAR MODELO

PASATIEMPO CÓMICO

en un acto y dos cuadros

INSPIRADO EN UNA OBRA FRANCESA

por los señores

Jose Morales del Campo y Agustín Sáinz Rodríguez

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO DE NOVEDADES
la noche del 7 de Noviembre de 1904



MADRID

G. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11.

Teléfono número 551

—
1904

REPARTO


PERSONAJES

ACTORES

MARGARITA.....	SRTA. GEIJO.
FERNANDO.....	SR. ABAD.
ANTONIO.....	CATALÁN.
PAGLATTI.....	BERRIO.
JUAN.....	SOLANS.
PEDRO.....	ALGARBA.
UN SOLDADO.....	PASTRANA.

La acción en Madrid.—Época actual

✓ Derecha é izquierda, las del actor



ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Una plaza en las afueras de Madrid. A la derecha, en primer término, una casa con puerta y reja practicable, y en segundo término otra casa. En el lateral izquierda, primer término, una casa con ventana y puerta practicable, y con un letrero sobre la puerta que diga: «Restaurant»; en segundo término, y al fondo, casas en perspectiva.

ESCENA PRIMERA

FERNANDO vestido de capitán de caballería y ANTONIO su asistente; los dos embozados

FERN. Esta intriga será ¡vive Dios! la que me ha de hacer célebre.

ANT. Pero, señor, calmad vuestro ánimo, aconsejad á vuestro corazón que no pegue más saltitos... y considerad siquiera una vez... que con estas calaveradas no vamos á conseguir otra cosa que encontrarnos con la horma de nuestro zazato.

FERN. ¡Con mil diablos! ¿Quieres callar? Nunca me dejé seguir de consejos dictados por el miedo.

ANT. Permitidme, señor...

FERN. Cállate, mentecato... alguien parece va á salir de su casa; será el viejo mamarracho del tutor.

ESCENA II

DICHOS, PAGLATTI y JUAN por el lateral derecha primer término: abren la puerta de dicho lateral y después la cierran con una llave disforme de grande que llevará Juan; ambos salen muy embozados

PAG. (Aparte á Juan.) Ya tenemos tenorios á la puerta.

JUAN No hay cuidado, queda ésta bien cerradita.

PAG. En estos tiempos modernistas no hay que fiarse de nadie.

FERN. Esa es la fiera con quien tengo que habérmelas... pero ¡vive Dios que no disfrutaré mucho tiempo de su pupila!

ANT. Mas no comprendo cómo habéis podido averiguar...

FERN. Eso más tarde lo sabrás; ahora lo importante es acechar.

PAG ¿No oyes que abren la ventana?...

JUAN Sí..

PAG. Pues escondámonos... á ver lo que pasa.

JUAN Muy bien. (Se esconde en el lateral derecha segun-
no término y al paño.)

FERN. Se han ido... ¡Victorial.. Ahora escaltaremos la casa y nos meteremos por el tejado.

ANT. No reparais, señor...

FERN. ¿El qué?

ANT. No veis que por la reja os arrojan un billete amoroso.

PAG (Aparte.) ¡Cartitas, eh!... Ya te diré yo á tí...

FERN. ¡Ah!... de dicha se desborda mi corazón.

ANT. Señor... ¿y si es una gazmoña fea... y quizás algo defectuosa en la moral?

FERN. ¡Qué importa!... para dejarlas siempre estamos á tiempo. (Fernando va á coger la carta que pende de la ventana, pero en este mismo momento Paglatti se abalanza y la coge. Fernando saca la espada y Antonio hace lo mismo.)

PAG. Caballerito, esa dama debe ser respetada.

FERN. ¿Quién sois vos para obligarme á ello?

PAG. El único que tiene derecho sobre la misma

y por tanto el único que sabrá impedir se realicen vuestros locos propósitos... Esa señorita está comprometida.

FERN. No será, á fe mía, por mucho tiempo.
PAG. Doña Margarita de Alduva tiene su dueño para que siempre esté vigilada.

FERN. No importa... Ya os he dicho que os reto á la batalla.

PAG. Haced lo que más gustéis.

FERN. Antonio, sígueme. (Ambos hacen mutis por la izquierda primer término.)

ESCENA III

PAGLATTI y JUAN, el primero con la carta en la mano

PAG. Es preciso no descuidarse, que á estos militarcillos no se les pone nada por delante con tal de salirse con la suya.

JUAN. ¿Pero habéis visto la inocentona cómo saca la fruta fuera del cesto? Ya se escribía con el galán.

PAG. Veamos la carta... preciso será enterarse para tomar las más oportunas medidas.

JUAN. Soy de la misma opinión.

PAG. (Lee.) «Caballero, sea usted quien sea, si tenéis en vuestra sangre el fuego y el ardor que enaltece á los valientes, libértadme del tirano que me aprisiona con el solo propósito de hacerme suya y hacer suyo mi caudal, y advertid que yo siempre seguiré vuestros consejos y considerad que cuando me conozcais... veréis en mí una mujer que no es del todo fea. Margarita.»

JUAN. Fíese usted en la virgen y no corra.

PAG. No me queda más que leer.

JUAN. ¿Para qué más? Ya dice bastante.

PAG. Me pone como un trapo.

JUAN. Peor, señor... bastante peor...

PAG. ¡Pero quién le habrá dicho que andaba por ahí ese hombre!

JUAN. Las mujeres son el diablo... Y por eso no es

de extrañar en ellas... hasta las cosas más estupendas.

PAG. Pues preciso será vigilar, ahora más que nunca. ¿No es hoy cuando viene tu sobrino?

JUAN Sí, señor, hoy mismo.

PAG. Pues á ese le vamos á dar el sólo cuidado de la muchacha.

JUAN ¡Ah! Ese es muy bruto, pero muy noble; hace diecisiete años que no le he visto, pero en las cartas que me escribe su padre, siempre me dice lo mismo.

PAG. Pues un hombre así es lo que necesitamos.

JUAN ¿Y le parece bien que dejemos ahora la casa sola?

PAG. No hay más remedio, es de absoluta precisión que me acompañes.

JUAN En ese caso vámonos en seguida.

PAG. Sí, vamos. (Los dos hacen mutis por el segundo término derecha.)

ESCENA IV

ANTONIO primero, y en seguida FERNANDO, por la izquierda primer término

ANT. Señor, venid que no hay nadie.

FERN. Al fin se fué... estoy preocupado porque no sé lo que aquel papel podría contener.

ANT. No os apuréis... Suspiros y frases amorosas de mujer, de las que nunca debéis hacer caso, pues casi siempre son mentiras.

FERN. Alguien se acerca.

ANT. Tenéis razón: parece un caminante.

ESCENA V

DICHOS y PEDRO con unas alforjas y un traje muy rústico

FERN. ¿A qué vendrá este impertinente?

PED. (Muy bruto.) Buenos días, ¿qué tal están os-tés?... yo bien, pa serviles.

ANT. ¿Qué deseas, buen hombre?

- PED. Yo venía preguntando por el Sr. Paglatti, un pintamonas mu renombrado que hay aquí y que vive en la compañía de mi tío Juan el hermano de mi padre... y claro, como me han mandado llamar, pues yo me dije, pues allá voy, que allí creo que hay unas chachas que le llenan á uno la lengua de saliva á cada instante. . Esto es tóo.
- FERN. (Aparte.) (Feliz casualidad.) Pues hombre, me alegro que hayas venido, porque yo soy Paglatti.
- PED. ¡Ostés! ¿Y decían que era tan viejo? Diga osté que no... que osté es mu requeteguapo. ¡Rediez con el viejo! Pus aquí le traigo una carta á mi tío Juan de mi madre pa que me conozca, porque como hace tantos años que yo no le he visto ni él á mí...
- FERN. A ver, á ver, dame la carta, que yo mismo se la daré.
- PED. Tome usted. (Se la da á Fernando, coge la carta, le da instrucciones bajas á Antonio y éste se va lateral izquierda primer término.)
- FERN. (Aparte.) ¿Cómo me desharé yo de ese hombre?
- ANT. Se me ocurre una idea; dadme esa carta. (Mutis.)

ESCENA VI

FERNANDO y PEDRO

- PED. ¡Pus aquí le traigo á osté y á mi tío unas cuantas cosas, pocas y malas, porque nosotros somos probes y ya se ve... donde no hay por más que uno quiera no pué ser y no pué ser.
- FERN. Eso por supuesto.
- PED. Lo pior es que me he dejao en una posá que me encontré al entrar en Madrid la mitad del equipaje, y...
- FERN. ¿Pero son conocidos tuyos?
- PED. Quiá, no señor, pero paecen mu güenas personas... el dueño de la posá estaba mu

- FERN. gordo y ya se ve, eso indica que tiene tranquilidad de conciencia, porque sino no se engorda. ¿No se le parece lo mismo al señor?
- FERN. Pero hombre de Dios, tú no sabes que en Madrid hay muchos granujas que engordan más cuanto más roban... y vete corriendo á por todo, que si no te vas á quedar sin nada.
- PED. Tiene usted mucha razón.
- FERN. Deja aquí las alforjas que ahora las entrarán dentro. Esa es mi casa.
- PED. Pus diquíá luego. (Mutis corriendo segundo término izquierda.)

ESCENA VII

FERNANDO coge las alforjas y demás chismes que trae Pedro y lo mete en la lateral izquierda, primer término

Lo que es ahora sí se realizará mi plan. Ahora parece que sienta pasos. Sí, sí; veo á lo lejos dos hombres.. Son ellos... Y el maldito Antonio sin venir; con sus calmas, es capaz de consumirme.

ESCENA VIII

DICHO, PAGLATTI y JUAN, por la derecha, segundo término

- PAG. ¿Todavía estáis aquí?
- FERN. Así es, en efecto.
- PAG. ¿Y no sabéis que no me agrada que paseéis esta plaza?
- FERN. ¿Y quién sería capaz de impedírmelo? La calle es de todo el mundo. Además, que llevo en mi cinto una espada, que sabrá hacerse camino por donde encontrase algún obstáculo.
- PAG. Valiente sois, en verdad... mas no os ha de valer. Yo no acepto el reto á que queréis obligarme, porque soy viejo, y esto haría poner de vuestra parte todas las ventajas,

pero ya que no la conocéis, os diré que es muy hermosa.

FERN. ¡Con cien mil legiones de demonios! ¿Queréis no obligarme que os mate como á un mentecato? (¡Maldito Antonio, lo que tarda!)

PAG. Vaya, vaya, menos conversación y hasta otro día. (En este momento aparece Antonio vestido con el mismo traje, alforjas, etc., que Pedro. Sale del lateral izquierda, primer término, y procura ganar el fondo, sin ser visto.)

ESCENA IX

DICHOS y ANTONIO, por primer término izquierda

ANT. (Fingiendo la voz.) ¿M'hacen ustedes el favor de decirme onde vive un tal Paglatti, que es de esos que iluminan al pastel?

JUAN ¡Calla!... ¡calla! ¡Es él!... ¡El mismo!

ANT. (¡Ya me han conocido!)

JUAN ¡Pero tú aquí, hijo mío!... ¡Cuidao, qué desfigurao estás!

ANT. ¿Luego usted es el tío Juan? ¡Juan!

JUAN ¡El mismo!

ANT. (Hace un aspaviento y deja caer todo lo que lleva encima, para dar unos abrazos muy apretados á Juan.)
¡Quién lo había de icir!... ¡usted el tío Juan, aquél que pasaba por ser el más bruto del pueblo... ¿No es verdad?

JUAN No, hijo mío, no. Estás equivocado, yo siempre fuí el mismo.

ANT. Eso ya lo sabía yo.

JUAN Pero, ¿cómo has acertado hasta aquí?

ANT. Pus, mié ustedé, preguntando y arrespondiéndome lo que les preguntaba. Aquí traigo una carta de mi madre pa osté... ella sigue tan gorda.

JUAN ¿Cómo tan gorda?... ¡Lo dirás de bromal... porque siempre fué un alfeñique.

ANT. (¡Planchal!) ¡Sí, señor tío; si era una groma!

JUAN A ver, á ver qué me dice en la carta. (La coge y lee rápidamente.—A Paglatti.) ¿Ve usted? dice

que es un torrezno, incapaz de hacer daño á nadie y honrado á carta cabal.

- ANT. Eso de honrar sobre tóo... Como que tengo veinticinco años y entoavía... no me he casao.
- PAG. Este es el que me conviene. Vaya, vamos á casa. (En este momento, que todos se dirigen á casa, aparece Pedro con unas maletas.)

ESCENA X

DICHOS y PEDRO, con unas maletas, que escucha las palabras siguientes, por el lateral derecha, segundo término

- JUAN (A Antonio.) ¡Anda, querido Pedro, vamos!
- PED. ¡Aquí no hay más Pedro que yo!
- FERN. (¡Adiós, mi dinero!)
- ANT. (¡San Crispín, líbrame de ésta y te ofrezco un par de suelas!)
- JUAN Quita de ahí, bruto.
- PAG. (Este es un mandado de ese bribonzuelo para meterse en casa; pero se lleva buen chasco, que lo que es á mí no me la da.)
- PED. Yo soy el hijo de la tía Rosa y del tío...
- ANT. ¿Qué tío, ni qué sobrino?
- PED. ¡Cómo que yo no soy sobrino!... Sí, señor, sí... sobrino... pa que rabie.
- JUAN Dejémonos de cuentos y vámonos... y otro día, amiguito, representa mejor las fabulitas.
- PED. Pero, por San... San...
- PAG. No perdamos el tiempo.
- ANT. No le perdamos.
- PAG. (A Fernando por Pedro.) Y otra vez sea usted más listo, que por esta no pasa. (Se meten en el lateral derecha primer término, y Pedro intenta meterse detrás de ellos, pero Juan le pega una puntera y él se queda fuera llorando. Fernando los mira y suelta una carcajada y se mete en el lateral izquierda primer término.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Gran estudio de pintor. Al fondo gran vidriera practicable. Al lateral primer término una puerta, segundo término y en el lateral izquierda primero y segundo términos, puertas practicables. Por la escena caballetes y chismes de pintar. Una meridiana y butacas.

ESCENA PRIMERA

MARGARITA sentada

Estoy aburrida, harta de este viejo artista, mentecato y ridículo... ¡No me pongo más de modelo!... ¡Ea!... ¡Se acabó!... ¡Ah! Si ese simpático militar me viera, me conociese... se apiadara de mí... Porque el vendrá, la cartita surtirá el efecto deseado en su corazón. Yo muero de impaciencia.

ESCENA II

DICHA y PAGLATTI

- PAG. Tengo, ingrata señorita, que censurar severamente su conducta... ¡Hola!
- MAR. (¡Qué ceremoniosos! ¡Qué querrá°)
- PAG. (Serio.) Aunque no me escuches ni te dignes mirarme...
- MAR. Le escucho, más no le miro porque le aborrezco...
- PAG. Ya lo sé muy bien...
- MAR. ¡Ah! ¿Conque lo sabe?
- PAG. ¡En este papelito bien claro está consignado que soy el monstruo mayor de la creación! ¡Muy bien, Margarita! No sospeché jamás que un protector tan generoso y complaciente como yo, mereciera tan bochornosa recompensa... ¡Quisiera que me negaras que esta carta había sido escrita por tí, y tal pudiese olvidar!

- MAR. ¿Yo negarlo? ¡De ningún modo! ¡La he escrito yo!
- PAG. ¡Qué valor! Pero tú, Margarita, ¿eres capaz en mi presencia?...
- MAR. ¡Y tengo la contestación! Ya ve usted, señor mío, cómo no trato de ocultarlo, que me valdré de todos los medios posibles para separarme de quien tanto odio, de mi tirano, de mi opresor...
- PAG. ¡Estoy aturdido! ¡Estupefacto! (Pero yo tendré los medios de salvar mi amor, y mi honra.)

ESCENA III

DICHOS, JUAN y ANTONIO. Está con el saco de Pedro. Tropezca con un mueble al entrar

- JUAN Pasa, hombre, con cuidado, que estás en el templo del arte...
- ANT. ¡Ay, tío! Yo no estoy acostumbrado á andar por los templos...
- MAR. ¿Es este el mocito encargado de mi custodia?...
- ANT. (¡Es bonita!... ¡Canela fina!..)
- JUAN Señorita, este joven es más dócil y más bueno... tendrá un vivo deseo en servirlos, y... ¡Nada más! ¡Yo os ruego que no desconfíeis de él!
- MAR. ¡Amén!
- ANT. (¡Cuando mi capitán la conozca! ¡Ay, Dios, la que se va á armar!)
- PAG. (A Juan.) ¿Sabes por qué no ha venido Santiago á ponerse de modelo?
- JUAN ¡De modelo!... Precisamente porque él también cogió anoche una pítima... modelo.
- PAG. ¡Maldición!
- JUAN Y está en cama víctima de las consecuencias.
- ANT. (Aparte á Margarita.) Yo no soy el que creéis; soy el asistente del capitán Fernando...
- MAR. (Aparte á Antonio.) ¡Oh, felicidad! ¿Y cómo os encontráis aquí y en ese traje?

- ANT. Callemos ahora; ya lo sabrá usted todo después.
- PAG. Se me ocurre una idea, amigo Juan.
- JUAN ¿Y es, señor?
- PAG. Que te acerques al cuartel de aquí enfrente y veas si hay algún soldado que esté franco de servicio y le digas si quiere servir de modelo hoy por un rato á un pintor. Si, como supongo, encuentras uno que se preste á ello, le ofreces unos reales y te lo traes, ¿has comprendido?
- JUAN ¡Magnífico, señor! Tiene usted un talento como no hay otro.
- PAG. Lo sé, amigo Juan, lo sé. Corre á cumplir mi encargo.
- JUAN ¡Eh! ¡muchacho! Ea, Antonio, vente; te voy á indicar tu habitación para que dejes tu equipaje y te...

ESCENA IV

PAGLATTI y MARGARITA

- PAG. Ya ves qué horrible casualidad; Santiago con anginas (no quiero decirlo que está borracho), ¡y tú incomodada conmigo!... Mis dos modelos; no puedo concluir mi cuadro, y adiós fama, gloria, felicidad, dinero y...
- MARG. Yo no quiero perjudicarle á usted ya respecto á eso: podemos venir á un acuerdo. Yo me presto á seguir sirviendo de modelo hasta terminar su cuadro, si usted me promete llevarme á la Exposición cuando se abra y haya más gente.
- PAG. ¡Caracolitos! Me escamo; para, aprovechando la confusión, encontrarte con ese desvergonzado...
- MARG. ¡Con ese caballero!
- PAG. ¡Para mí no tiene nada de caballero! Quiere arrebatarme mi tesoro y no puedo guardarle ningún miramiento.
- MARG. Usted verá si acepta ó no... si no hay Exposición no habrá modelo.

- PAG. Pero yo aborrezco á ese hombre y no quiero que os encontréis.
- MARG. Y yo le amo y quiero verle y encontrarme con él.
- PAG. Para, aprovechando el barullo, que se extralimite y te coja la mano.
- MARG. Eso es.
- PAG. Y te coja el talle.
- MARG. Justamente.
- PAG. Y que me coja desprevenido.
- MARG. ¡Y que le coja á usted el diablo! ¡Ea, se acabó! No quiero ser modelo. (Quiere irse.)
- PAG. ¡Margarita... por favor... escucha... cedo... cederé... irás á la Exposición!
- MARG. Sólo con esa condición me prestaré á que sigais pintando vuestro cuadro.
- PAG. ¡Oye! ¿No será lo mismo ir cuando no hubie e nadie en el salón?
- MARG. ¡Adiós, señor mío! Es usted un informal. (Mutis)
- PAG. ¡Margarita!... ¡Ay, qué mujer! (Sale detrás de ella.)

ESCENA V

ANTONIO solo por la izquierda; mira por la ventana del foro

Aun no se ve á mi capitán... Pero no tardará... ¡Ay, si me descubrirán! Ese demonio de Juan empeñado en saber noticias de su tierra y preguntarme sobre la gente del pueblo... ¿Qué le contestaré yo, Dios mío, acerca de sus paisanos? ¿Me salvarán las mentiras que me acudan á la boca?... Pero allí llega; pongámonos en guardia.

ESCENA VI

DICHOS y JUAN

- JUAN ¡Me alegro hallarte solo, muchacho.
- ANT. Usted me dirá por dónde comienza mi trabajo, porque yo estoy convirtió en un atún.

JUAN Ya trabajarás después: ahora quiero saber de algunos antiguos amigos del pueblo, que nunca se pueden olvidar...

ANT. (Me reventó.)

JUAN ¿Sigue don Evaristo de cura allí todavía?

ANT. Sí, señor, ya lo creo; hecho un buen mozo, tan rollizo, tan colorao, tan alegre...

JUAN ¡Pero cómo puede ser eso! Si el pobre estaba hace quince años tan enfermo, tan delicadito y ya contaba cerca de sesenta años.

ANT. (Metí la pata.) ¿Pero por quién me ha preguntao osté?

JUAN Por el señor cura, hombre, por el señor cura.

ANT. Pero qué bestia es osté, digo soy, tío. Lo había cambiao por el alcalde. Aquel cura ya murió, y hasta me paece, si es que no lo cambio también con otro, que lo enterraron.

JUAN Pues naturalmente, hombre, naturalmente. ¿Y el albéitar Matías, mi antiguo y queridísimo amigo?

ANT. (Pues ahora no la estropeo.) Ese tan bueno de salud.

JUAN ¿Y tan alegre como siempre y tan buen cazador?

ANT. ¡Pero no sabe usted cuánto gasta su mujer!

JUAN ¡Su mujer!... ¡Pero es que Matías se ha casado!... ¡Cuántas veces le habré oído decir que odiaba á las mujeres y que moriría soltero!

ANT. Pos ya ve usted, tío Juan, ha cambiao el mardito de modo de pensar. Sin embargo, no hace más que tres días que se han casao.

JUAN Entonces á tí te ha partido por el eje, porque su fortuna, que tan grande es, pasará ahora á sus hijos, como es probable que los tenga. ¡Pobre Pedro! ¡Ya no heredas por esa parte!

ANT. (Y por ninguna parte, de eso estoy bien seguro.)

JUAN ¿Y con quién se ha casado?

ANT. (¡Dios de misericordia, qué aprieto!) Pos... con la... con la viuda de aquel tabernero...

- que... que... vi... vía estableció junto... junto al molino.
- JUAN ¡Qué dices! ¿Mi amigo Simón ha muerto?
- ANT. Si... ya murió... Dios haiga perdonao al probecillo. (Yo mato á tcos.)
- JUAN ¡Qué atrocidad! ¡Cómo va muriendo la gente en nuestro pobre pueblo!
- ANT. Si le digo á usted que paece que ha entrao allí la viruela.
- JUAN ¡Desgraciado Simón! ¡Pobre amigo mío! Y ni tú ni tu hermana me habéis escrito nada de ese suceso...
- ANT. Mi hermana... ella es... ya usted sabe...
- JUAN Será la misma que siempre. ¿No es verdad?
- ANT. Ya lo creo que es verdad: la misma, pero que lo diga usted, lá misma de siempre. Un diablillo, no para un momento, no se está quieta.
- JUAN De modo que ahora... ¿Pero cómo es eso?
- ANT. Que no quiere más que correr, saltar, bailar, cantar...
- JUAN Y tu madre en su última carta me escribía que no podía hacer carrera de ella, que siempre estaba triste, llorando, que se encontraba sin fuerzas... en fin, que me pintaba con negros colores la situación de Rosita.
- ANT. Sí, Rosita; Rosita entonces era un capullo; la tal Rosita que estaba tan affligía... porque... porque... tenía la solitaria.
- JUAN ¡Cáspita! Ahora lo comprendo todo. ¿Pero salió?
- ANT. A pedazos.
- JUAN ¿Y era de?...
- ANT. ¡Veinticuatro kilómetros, tío Juan!
- JUAN ¿Y la Peregila, que ha sido de ella?
- ANT. Pus tan buena... ahora ha tenido dos mellizos.
- JUAN ¡A los ochenta años! tú estás tonto.
- ANT. ¡No, no! la he confundío... Esa murió.
- JUAN ¿Y don Ambrosio?
- ANT. Murió, ya ve usted tan... viejo.
- JUAN ¡Cómo viejo!
- ANT. No, no me he equivocao... ese es guardia civil.

- JUAN ¿Guardia civil un ciego?
ANT. No, no, tío, murió del.. sarampión.
JUAN (Este pobrecillo qué corto es; todo lo confundé.) Y de ordinario, ¿cómo seguís?
ANT. Pos de ordinario, seguimos trabajando en las tierras...
JUAN Pregunto por el ordinario del pueblo, si todavía es aquel...
ANT. ¡Cá, tío! Ahora el más ordinario del pueblo es el secretario del Ayuntamiento.

ESCENA VII

DICHOS y PAGLATTI

- PAG. Juan, ¿me has buscado ya modelo?
JUAN Sí, uno de caballería, que me figuro es dejará complacido. Dentro de quince minutos estará aquí.
PAG. ¡Pero, hombre! A ver si va á venir también con el caballo.
JUAN Descuide usted, señor, que está bien advertido.
PAG. Respecto á tí, Pedro, te advierto que si la señorita te da alguna carta ó recado para alguien, sea lo que sea, lo pones antes en mi conocimiento.
ANT. Está bien, señor. (Ya estás fresco.)
PAG. Sólo así me tendrás contento y te pagaré bien. (Vase izquierda.)

ESCENA VIII

ANTONIO, JUAN y un Soldado, con casco arrastrando el sable con gran estrépito por la derecha

- FERN. ¿Llego á tiempo?
JUAN Adelante.
ANT. ¡Mi capitán!
FERN. ¿Me responde usted que no me entretendrán mucho tiempo? Ya lo dije, que dentro de una hora tengo que tocar á rancho.

JUAN Estará usted en su puesto á su hora. Ayúdale tú; sobrino. Yo voy á avisar al señor pintor. (Vase izquierda.)

ESCENA IX

FERNANDO y ANTONIO; JUAN á poco

ANT. ¡Mi capitán!
FERN. Antonio, ¿la has visto?
ANT. Sí.
FERN. ¿Es hermosa?
ANT. ¡Bellísima!
FERN. Parecerá un ángel... (Mientras lo arregla y le pone la barba postiza.)
ANT. Patudo.
JUAN (Entrando.) ¡Muy bien, muy bien! El casco no tan calado sobre los ojos... El bigote algo más estirado... ¡A cualquiera se puede engañar ya!
FERN. (Debo estar bien disfrazado. No me ha conocido.)
JUAN Ya sabes; si te portas bien, una peseta y tal vez propina.
FERN. ¡Ah, imbéciles!
ANT. (El asunto sale á pedir de boca. Pero cuidado que no sé cómo salí con tanta felicidad cuando comencé á casar y á matar á los del pueblo.)
FERN. (Estoy rabiando ya por verla... se me oprime el corazón, no sé si por el amor ó por esta coraza...)
JUAN Aquí tiene usted dispuesto ya al modelo. (Dirigiéndose á Paglatti que entra.)

ESCENA X

DICHOS y PAGLATTI

PAG. Bien, bien. Poco más ó menos viene á ser como el otro. Gracias, joven soldado; yo me alegro mucho que sea un militar el que honra mi casa.

- JUAN (A Antonio.) Vente conmigo, sobrino. (Vanse Juan y Antonio izquierda.)
- FERN. Deseo, señor maestro, que os déis prisa á comenzar vuestro trabajo, pues tengo que ir... á mondar patatas al cuartel para dar de de comer á mis compañeros.
- PAG. Sí, sí; voy á empezar en seguida.
- FERN. Creo que no soy sólo el modelo, sino que una mujer me acompañará ante la realización de nuestra obra.
- PAG. Efectivamente; no tardará en salir. Está poniéndose su traje de modelo. Ahora le voy á hacer una pregunta. ¿Conocerá usted, por casualidad, á un oficial llamado don Fernando?
- FERN. Ese es precisamente mi capitán.
- PAG. ¡Oh, cuánto me alegro!
- FERN. Mi capitán es un hombre que me ha hecho pasar muy malos ratos y tengo ganas de tomar venganza de él.
- PAG. Perfectamente. Usted es mi providencia. Yo quisiera que, suscitando usted la conversación con mi modelo, dijese tales cosas de él, que la llenasen á ella de horrores, dudas, vacilaciones...
- FERN. ¿Pero sabe usted si ella le ama?
- PAG. Aquí en secreto, sí, señor. Está loca por él.
- FERN. (¡Zambomba! ¡Y eso que no me ha visto nunca!) Pues nada, descuidad, señor, dejadlo de mi cuenta.
- PAG. ¡Cuánto agradecimiento el mío! Le doblaré la propina.
- FERN. Pero el tiempo vuela... ¡Ella no sale y usted tampoco empieza! ¡Ya le dije que tengo mucha prisa!
- PAG. Pues empiece usted á colocarse ya; doble la rodilla; saque el cuello.. el brazo así. Levante más el sable. (Mientras lo va diciendo lo va colocando en una actitud extravagante.)
- FERN. (¡Graciosa postura la mía!) ¿Y he de estar así mucho tiempo?...
- PAG. No se mueva usted.
- FERN. (¡Y que á estos extremos llegue un hombre cuando se enamora de una mujer!...)

PAG. (Llamando.) ¡Margarita! ¡Margarita! ¡Ea, ya está aquí! Amigo, no se le olvide lo convenido acerca de vuestro capitán. (A Fernando.)

ESCENA XI

DICHOS y MARGARITA, que debe presentarse extraordinariamente hermosa. Brazos desnudos, y de poder ser, con el traje de la República con el pelo suelto y gorro frigio

FERN. (¡Ella! ¡Uy: esta es la mía! ¡Qué hermosa!)
(Se le cae el sable de la mano.)

MARG. ¡Aquí un extraño! ¿Quién ha traído aquí á este militar?

PAG. La casualidad. Como el otro está malo...

FERN. (¡Cielos, esta coraza va á saltar hecha astillas!)

PAG. Este soldado conoce á tu galán.

MARG. ¡Ah, cuánto me alegro!

FERN. ¡Oh, es un loco! El amor ha estropeado su cabeza. Es un hombre aturdido, que hasta ahora ha andado tras la felicidad sin poderla encontrar; un inconstante que anda volteando de niña en niña, sin que ninguna haya logrado alterar la paz de su corazón.

PAG. (Aparte á Fernando.) ¡Adelante! ¡Duro con él!

MARG. (¡Dios mío, qué escucho!)

FERN. Lo que le digo á usted, señorita, es la verdad. Yo le pareceré á usted un poco rudo en el modo de expresarme, ¡pero qué se le va á pedir á un soldado!

MARG. Por el contrario, oírle á usted me agrada.

FERN. (Yo estoy loco ya de amor: es hermosísima.)

MARG. ¿Ha estado usted con él en la última guerra?

FERN. No hemos dejado un solo día el ejército.

MARG. ¿Se habrán ustedes hallado en muchos peligros?

FERN. Con la astucia y el valor se salvan todos. De las en que he tenido el honor de hallarme, ninguna me ha dado tanto que hacer como la última: en ella quedé herido.

MARG. ¿De alguna bala?

- PAG. (Muy contento.) ¡Ya se metió en la relación de sus batallas! ¡La victoria ha sido para mí!
- MARG. Cuéntenos, cuéntenos usted todo eso.
- FERN. Verá usted: teníamos un fuerte bloqueado. Las fuerzas del enemigo eran iguales, pero nosotros teníamos que lidiar con el general de la plaza, viejo irritable y testarudo.
- PAG. Sí, señor; esos viejos zorros son muy malos v testarudos.
- FERN. Fué necesario tomarla por asalto. Yo tuve la suerte de salir el primero, fijé la vista en un lugar donde decían había un tesoro escondido, tomé la escalera, subí, pero no bien había entrado en este lugar impenetrable, cuando recibí un golpe aquí... en este lado...
- MARG. ¡Junto al corazón!
- PAG. Alguna granada del enemigo que haría explosión. (Se oye el toque de rancho.)
- MARG. ¿Y se le ha curado ya esa herida?
- FERN. Me resentiré de ella todo el resto de mi vida.

ESCENA ULTIMA

DICHOS, EL SOLDADO apareciendo por la ventana del foro A poco
JUAN, ANTONIO y PEDRO

- SOLD. ¡Capitán Fernando! ¿Me da usted el sable, que llaman ya á rancho?
- PAG. ¡El Capitán Fernando!
- MARG. ¡Cielos, es él!...
- JUAN (saliendo.) ¿Qué quiere decir esto?
- ANT. (Riéndose.) ¡Já, já, já, já! ¡Já, já!...
- PAG. De modo que usted es...
- FERN. Ese militar, que á pesar de todos los cerrojos y precauciones de usted, ha sabido introducirse hasta aquí.
- PAG. ¡Maldición!
- MARG. ¡Ventura inmensa!... ¡qué felicidad!
- JUAN (A Antonio.) Y usted es un embustero, un granuja, un pillo.
- ANT. ¡Já, já, já!... ¡Já, já, já!

- PED. (Apareciendo, se arroja con los brazos abiertos en los de su tío Juan.) ¡Tío de mi corazón!
- JUAN ¡Tú eres el verdadero sobrino!
- FERN. Es inútil desesperarse, señor pintor. Yo amo á esta señorita, le he vencido á usted, ahora es justo que yo disfrute de mi victoria. Como soldado vencedor, le impongo á usted las condiciones que no tiene más remedio que aceptar. Esta mujer es libre y me ama. ¿No es así, Margarita?
- MARG. Con todo mi corazón.
- FERN. Le pido á usted, pues, la mano de esta adoradísima mujer.
- PAG. ¡Un general derrotado! ¡Qué he de hacer sino conformarme y aceptar las condiciones del general vencedor! Cásense ustedes y que sean muy felices, ya que han ganado la partida.
- ANT. (Adelantándose al público.)
Es inútil pretender,
en los lances del amor,
separar hombre y mujer;
si se llegan á querer
dejarles es lo mejor. (Telon rápido.)

FIN

NOTA. Se recomienda á los Directores de escena la presentación del segundo cuadro, y sobre todo, la escena del modelo.

Obras de José Morales del Campo

La capa de Juanito, juguete cómico en un acto y en verso.

Los dos cazadores, zarzuela cómica en un acto.

Agencia taurina, (1) apropósito cómico-lírico-taurino, escrito expresamente para María Montes, música del maestro Latorre.

El soldado de cartón, humorada en un acto, en verso y prosa.

Pasatiempos, (1) juguete cómico en un acto.

La Molinera, (1) zarzuela cómica en un acto y en prosa, música del maestro Chalons.

(1) En colaboración.

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

1850

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: UNA peseta